

largo noviazgo, formará una extensa familia. Pero de eso ya no da cuenta el diario, que concluye el 11 de septiembre de 1944, meses antes de que Conxita Simarro y todos los exiliados republicanos fueran conscientes de que la esperanza de un pronto regreso se había desvanecido para siempre.

Durante algo más de seis años, Conxita Simarro se confiesa con el que reconoce que es su mejor “amigo y compañero” (p. 264): su diario, ante el que se disculpa cuando no le es posible “contarle” sus vivencias o las últimas informaciones de las que ha tenido noticia. En las páginas de los siete cuadernos en los que fue escribiendo tanto en catalán como en castellano –en España, en Francia y en México–, Conxita retrata el yo de una niña que debe madurar antes de tiempo y el nosotros de un exilio que perdurará durante décadas.

FRANCISCA MONTIEL RAYO
GEXEL-CEFID-Universitat Autònoma de
Barcelona

Una habitación propia

CECILIA G. de GUILARTE y SILVIA MISTRAL,
Diario de un retorno a dos voces. Correspondencia. Introducción, edición y notas de Mónica Jato. Sevilla, Ediciones Ulises, 2015, 503 páginas.

Al nutrido número de epistolarios del exilio republicano de 1939 que ha sido publicado hasta la fecha se ha sumado un volumen, editado por Mónica Jato –profesora de la University of Birmingham y autora de varios estudios sobre la obra de Cecilia G. de Guilarte–, que resulta excepcional por varias razones. En primer lugar, porque quienes intercambiaron las cartas que contiene fueron dos escritoras, dos mujeres que se vieron obligadas a salir de España al término de la Guerra Civil para padecer largos años de exilio en México, donde se inició una correspondencia que las mantuvo unidas en la distancia desde 1949 –año en el que Cecilia G. de Guilarte abandonó Ciudad de México, donde residía también Silvia Mistral, para vivir a partir de entonces en distintas localidades del país– hasta poco antes del fallecimiento de la primera, ocurrido en 1989. La mayoría de esas cartas no se han conservado, razón por la que Jato solo ha podido exhumar setenta y seis de las que se enviaron ambas escritoras. Sesenta y cinco fueron escritas entre 1973 –hacia entonces



casi una década que Guilarte había regresado a España; Mistral nunca lo haría para quedarse— y 1979; las once restantes se remitieron desde 1985-1987. Se trata, por tanto, de un epistolario tardío —algo que resulta ciertamente inusual—, un epistolario que, más que iniciarse *in medias res*, como afirma Jato (p. 14), comienza, por lo que al exilio se refiere, *in extremis*; esto es, cuando faltaba muy poco para que terminara oficialmente, aunque, como sabemos, el exilio republicano de 1939 —acaso como todos los exilios— fue un exilio sin fin —lo advirtió hace ya años desde su destierro mexicano el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez—.

Como señala Mónica Jato en la extensa introducción con la que se abre el libro —donde, además de realizar un detenido análisis del epistolario, efectúa un completo y recomendable repaso de los estudios teóricos sobre el género epistolar—, Cecilia G. de Guilarte y Silvia Mistral tenían mucho en común. Nacidas en el seno de familias obreras, ambas se aproximaron al ideario anarquista influidas por la figura paterna, y ambas fueron escritoras autodidactas que aprendieron el oficio leyendo revistas libertarias, donde no tardaron en colaborar. En México, sus incipientes trayectorias se vieron condicionadas por la necesidad de procurarse un medio de vida, a lo que les ayudó la publicación de artículos en la prensa periódica del país.

Las estrecheces económicas a las que hicieron frente durante décadas —“de todas

las carencias de libertad, esta que nos quita el no tener nunca un quinto me parece que es la que más íntima y dolorosamente nos afecta”, escribe Guilarte (p. 181)— se hallan también presentes y de forma recurrente en este epistolario, en el que ambas escritoras intercambian comentarios sobre personas conocidas, anuncian el fallecimiento de algunos compañeros de destierro, se ponen al corriente de sus circunstancias familiares o valoran las lecturas que están realizando. “Estoy horrorizada de ese ambiente de bajos fondos de la Barcelona de los años 40”, confiesa Silvia Mistral mientras lee *Si te dicen que caí*, de Juan Marsé (p. 158). Pero, más que en la España en la que ninguna de las dos pudo vivir, es en la del presente en la que se detienen en sus cartas. Cecilia G. de Guilarte se siente a gusto en un país que, poco a poco, va pudiendo conocer gracias a los viajes que realiza periódicamente. “Me gusta España”, escribe el 28 de noviembre de 1976. “Y cualquier parte de España me parece un poco “cosa mía” (p. 303). Muy pendiente de la actualidad política durante los años de la transición, alude a menudo al nacionalismo vasco, una ideología con la que se muestra en desacuerdo. También la rechaza Silvia Mistral, a quien, por las visitas que había realizado hasta entonces y por las noticias que le llegaban de aquí, le parecía que no podría vivir ya en Barcelona, donde, según creía, había “un nacionalismo exacerbado” (p. 331). También se muestran de acuerdo cuando comentan, al paso de algunas de las informaciones que

intercambian, la opinión que les merecen las costumbres y la idiosincrasia mexicanas, usos y costumbres como el escaso respeto que tienen las publicaciones periódicas con los originales que reciben –textos que someten a cambios y a censura– con los que no pueden mostrarse conformes, por mucho que ya posean –sin advertirlo en ocasiones– hábitos adquiridos en el país que las acogió al término de la Guerra Civil, como lo son la utilización constante de mexicanismos entre los que se cuentan *ni modo, ver qué tanto, platicar, cuatísimo o jaló*.

Desde España y desde México Cecilia G. de Guilarte y Silvia Mistral hicieron a menudo balance de su exilio, sobre todo a iniciativa de la primera, que insistió una y otra vez en vincular su traslado a aquel país a una relación sentimental a la que, por su parte, podría haberle puesto fin en Francia, donde hubiera preferido vivir su destierro. Arrepentida de haber recalado en el país americano –pasara lo que pasara, le dijo al escritor Ángel María de Lera, a ella no la “cogían otra vez de refugiada” (p. 138)–, nada creía deberle a México, donde –aunque se sintió integrada mientras estuvo allí– pensaba que habían pagado con creces lo que les dieron (p. 268). Al fin y al cabo, afirmó Guilarte en alusión a ella y a su interlocutora, “todo ha sido bracear en el vacío, dar vueltas y no encontrarnos la cola, sufrir contratiempos y para remate siempre sin un quinto” (p.152). “El balance no puede hacerse con tanta inflexibili-

dad” (p. 169), le respondió Silvia Mistral, que le pidió asimismo que recordara lo duros que resultaron aquellos años “para todos los que vivían en Francia, incluidos los propios franceses” (p. 202). Mucho más resignada a seguir viviendo en México, Mistral se planteó en varias ocasiones volver a España, aunque fuera para pasar largas temporadas aquí y regresar después nuevamente a América. No retornó, como sí lo hicieron algunos compatriotas; otros permanecieron en México completamente “gachupinizados”, un proceso que, como señala Mónica Jato, Mistral critica reiteradamente en sus cartas (p. 372). Algunos de ellos, aseguró la escritora, habían logrado viajar a al país en las expediciones promovidas por los servicios de evacuación de la República, “usurpando a tantos y tantos pobres seres que no fueron admitidos en los barcos y pasaron miseria y penalidades en la posguerra” (p. 170). Le enervaban –le recordó a Guilarte– las injusticias (p. 128).

Es Silvia Mistral quien plantea el que a mi juicio es el tema de mayor calado de este epistolario, aunque, por tratarse de una correspondencia iniciada mucho tiempo antes, sea Guilarte quien lo enuncie por primera vez. En la carta con la que se abre la correspondencia, la autora vasca –que había publicado en México muy pocas obras de creación, labor a la que se consagró a su regreso a España– se preguntaba si no se habría equivocado queriendo hacer de la literatura una profesión, y si no sería mejor tenerla como pasatiempo, que era lo que, a



su juicio, había hecho Mistral. A esta, cuyos dos libros –Éxodo (1940) y *Madréporas* (1967)– quedaban ya muy lejanos en el tiempo, la paralizaba a la hora de seguir escribiendo su propia pereza, pero también su sensación de ser una “escritora en receso” (p. 189), la desmotivación, la falta de relaciones dentro del mundo editorial y la convicción de que no tendría posibilidades de publicar nuevas obras. Se creía inferior –a Guilarte, a otros autores de su tiempo y también a las nuevas promociones– por el hecho de ser una escritora autodidacta “al cien por cien”. Sentía que había vivido durante años “atrapada entre la maternidad y el trabajo, haciendo de cocinera a enfermera” (p. 468). También Guilarte –que en México tuvo que dedicarse al periodismo para ganarse el pan, frustrándose así sus aspiraciones como novelista– se había visto afectada por las circunstancias, pero para ella –y así lo repite constantemente en sus cartas– “no hay peor lucha que la que no se hace” (p. 404). Ninguna de las razones que le dio su amiga le pareció de suficiente peso para no seguir escribiendo. Por eso la animó a hacerlo una y otra vez, realizó gestiones para que se divulgara en España su exigua producción, le sugirió líneas de trabajo posibles, y le recordó, en definitiva, que no cabía más que “sentarse cada día y hacerlo hasta que te bailen las letras” (p. 166). “Si de verdad quieres ser escritora y que todos lo reconozcan”, le recomendó, “tienes que dejar que como a mí muchas cosas me vayan manga por hombro” (p.

317). Así lo venían haciendo también otras autoras españolas, por cuya forma de trabajar se interesó Guilarte. Ya en los años ochenta, cuando se sintió cansada y sin ganas de escribir, se dirigió a Dolores Medio –a quien había conocido en San Sebastián– a fin de explicarle la situación en la que se encontraba, tal como puede observarse en las tres cartas que Mónica Jato ha situado al final del volumen.

Como les sucedió a todos los exiliados, su salida de España marcó su vida y su trayectoria literaria, por mucho que Silvia Mistral considerara que la etapa que Guilarte había pasado en el estado de Sonora había sido “fructífera y positiva, mirada desde el punto de vista creador” (p. 277), pues fue allí donde escribió algunas de las obras que después acabaría publicando en España. Lo hizo, reconoció Guilarte, en las épocas en las que solo fue ama de casa y el cuidado de su hogar y de sus hijas no se lo impidieron (p. 400).

Las quejas de ambas escritoras le hubieran resultado familiares a Virginia Woolf, como señala Mónica Jato en la introducción del volumen (p. 55), aunque no conocieran el texto de las conferencias sobre la mujer y la novela que incluyó en el volumen *Una habitación propia*. Silvia Mistral quiso escribir algo sobre la autora londinense en ciertos momentos en los que parecía que iba a remontar la crisis en la que vivía sumida. Lo consiguió, al menos parcialmente, gracias a la creación de algunos cuentos infantiles que fueron muy bien acogidos,

pero todo parece indicar que no intentó componer la novela que nunca escribió y que Cecilia G. de Guilarte la animó a crear y a presentar en algún certamen español en repetidas ocasiones.

¿Fueron las escritoras del exilio republicano de 1939, en general, y Guilarte y Mistral, en particular, las hermanas de Shakespeare que imaginó Woolf en *Una habitación propia*? La respuesta debería derivarse de un estudio que acaso alguien emprenda algún día. Por el momento, la lectura de *Diario de un retorno a dos voces. Correspondencia entre Cecilia G. de Guilarte y Silvia Mistral* revela que ambas creyeron en ciertas épocas de su vida que sus trayectorias literarias se habían visto condicionadas no solo por su condición de exiliadas, sino también por razones de género. “¡Estas cartas de escritoras, con familia y problemas, en que se mezcla todo como en un cóctel: hijos, nietos, casa, pintura, marido, libros y cientos de cosas!”, exclama Mistral (p. 279) cuando alude a la extensión de los escritos que intercambió con Guilarte. Se trata, en efecto, de textos inusualmente extensos, razón por la que, además de las supresiones de pasajes “de índole estrictamente familiar e íntimo” (p. 114) que ha realizado Mónica Jato, acaso podría haber eliminado algunos párrafos reiterativos o de escaso interés, lo que le habría permitido aligerar un poco la edición y considerar la posibilidad de incluir más notas a pie de páginas con las que desvelar comentarios y alusiones difíciles de

comprender para el lector actual. Nada de eso desmerece el valor de este epistolario, una pequeña parte de la correspondencia que mantuvieron durante décadas Cecilia G. de Guilarte y Silvia Mistral –los “restos de un naufragio” de su relación epistolar, en palabras de Mónica Jato (p. 14)– cuya lectura y análisis contribuirán sin duda a conocer y a valorar en su justa medida la labor que desarrollaron en el exilio dos escrituras que han permanecido durante mucho tiempo olvidadas.

FRANCISCA MONTIEL RAYO
GEXEL-CEFID-Universitat Autònoma de
Barcelona

Historia e intrahistoria del exilio republicano

ADÁMEZ CASTRO, Guadalupe, *Gritos de papel. Las cartas de súplica del exilio español (1936-1945)*. Granada, Editorial Comares (Comares Historia), 2017, 204 páginas.

En los últimos lustros las cartas que redactaron los republicanos que se vieron obligados a abandonar España al término de la Guerra Civil se han revelado